

THE BIG RIP.

Myke Babylon.

El ordenador esbozaba datos en la pantalla monocromática a una velocidad pasmosa. Nunca antes lo había visto escupir datos de aquella manera. Quizá en los primeros días, cuando la Eugene aún pertenecía a los Estados Unidos de Europa y las lecturas del vacío aportaban información nueva a cada instante. Pero, después de tanto tiempo, todo lo elemental estaba documentado.

Incrédulo, tecleaba para apaciguar la velocidad de la información y poder analizarla. Me arrasqué el cuello, lánguido y decorado con una barba escasa, afeitada con un cutter mellado. La melena canosa, recogida en una coleta mal apretada, me caía sobre los ojos grises y cansados. Mis dedos huesudos se antojaban irreconocibles, envueltos en mi traje naranja, aún con los parches viejos de la empresa privada Wei-Johnson, encargada de entrenar a los militares para poder hacer viajes espaciales. La mía era una misión de no retorno. Pero era de vital importancia para la astrofísica humana. Y, si lo que estaba leyendo en la pantalla era cierto, la misión acababa de concluir.

'The Big Rip' estaba materializándose ante mis ojos en una serie de ecuaciones, números y símbolos matemáticos. Allí estaba; el fin del universo, del tiempo y el espacio. Me levanté de la silla, atónito. Las pupilas se me dilataron y los labios se me secaron. Euforia. Éxtasis. Y un profundo sentimiento de horror. La teoría indicaba que el universo, al estar en continua expansión, en algún momento tendría que romperse. Aparecerían fisuras en las paredes del espacio tiempo con forma de agujeros negros que, ni siquiera en mi año, el 2922, se había descubierto adonde llevaban.

Aún sin saber cómo reaccionar, empaqueté los datos en la memoria de la nave y lancé una sonda a velocidad luz a través del vacío espacial. La humanidad conocería que el fin estaba cerca y eso supondría la resolución, también, de un dilema que siempre había acosado a los filósofos; al saber que la muerte era inevitable y la desaparición de todo, un hecho, ¿seríamos mejores como raza? ¿O habría una involución hasta nuestras raíces más caóticas y primitivas? Me asustaba la segunda opción. Antes de poder divagar, una sacudida hizo temblar el suelo. La nave se había visto atraída por el agujero negro del fin del universo.

Mientras la Eugene aceleraba, quise dedicar un cálido recuerdo a mi familia y amigos, a sabiendas de que sería en vano. Ante mí, pude ver la fisura. La materia se aplastaba, acumulándose alrededor de una esfera de una oscuridad densa. No es que no hubiera luz, es que la luz era absorbida y alimentaba una negrura absoluta, haciéndola más intensa. Me pregunté si la muerte me dolería. Y en ese momento, lo vi. La esfera negra, negra como una noche sin luna ni estrellas, giró hacia mí. Se hizo más grande. Y de ella emergió algo. Un látigo tentacular, con viscosas bocas circulares que recorrían la superficie espesa y oscura de aquel brazo extraño. Tras él emergió otro par y, cuando me quise dar cuenta, algo me estaba mirando desde allí dentro. La esfera no era un agujero negro, era una enorme criatura parasitaria,

que devoraba materia, espacio y tiempo, encaramada a uno de los rincones más inhóspitos de la galaxia. El universo no se estaba muriendo. Lo estaban matando. Aquel ser me miró desde lo más profundo de la espesa oscuridad. El radar de la Eugene captó un sonido muy similar al canto de mil ballenas aullando de dolor. El ordenador escupía datos sin parar, exhalaba papeles, las luces parpadeaban histéricas y la nave se estremecía. Intenté sentarme para calmar los datos y poder leerlos. Pero el ordenador estalló. Me acerqué a las sondas y vi que quedaba una cápsula de emergencia para huidas. Quizá, solo quizá, podría escapar.

Recopilé los datos lo más rápido que pude y los cargué en la cápsula de escape. Al subirme en la cabina y encender motores, caí en la cuenta de que, para expulsarla debía hacerse desde fuera. La decisión residía en salvarme a mí mismo o regalarle a la humanidad una mirada al abismo. A la verdad. Tras unos instantes, más de los que me gustaría reconocer, asumí mi muerte y cerré el portón desde la lanzadera de la Eugene. Expulsé la cápsula vacía con la información. Recé porque la humanidad fuera mejor, a pesar de conocer la verdad. De alguna forma, me convencí de ello y sonreí en el umbral de mi muerte.

Cuando la cápsula ya había despegado y se alejaba de la Eugene, uno de los tentáculos la agarró y la hizo estallar en medio del vacío. Miré al agujero negro de nuevo. Aquella bestia cósmica abrió unas imposibles fauces plagadas de espacio y tiempo destruidos para engullirme. Para hacerme desaparecer en el rincón más frío e inhóspito del universo.